

que se sigue de la naturaleza misma para superar a ésta y llegar hasta la historia, lo que hoy se da como tal es un cúmulo enorme, caótico, en sí contradictorio de órdenes o mandatos perentorios que no hacen más que complicarlo y embrollarlo, violentarlo todo en favor de tales y cuales fines de la voluntad de poder.

¿Cómo reaccionar entonces ante semejante situación? Un remedio inmediato es imposible. Este mal de la sociedad actual radica en errores inveterados de una humanidad que en vano lucha, demasiado joven todavía, para desprenderse de la animalidad a la cual se adhiere íntimamente. Cruento como los animales, si acaso no más que éstos, el hombre de hoy quiere afirmarse una vez más sólo por la violencia, la fuerza, el poder material. Nadie sabe, así, en qué va a parar este lío que de la vida humana están haciendo quienes son la expresión de semejante crueldad, violencia, fuerza y poder. Lo evidente, lo que salta a la vista es por todas partes un oprobio. Sometido como ya está el hombre moderno a la condición de menos que esclavo, —pues el esclavo de épocas pasadas seguía siendo por lo menos humano, y el actual ha sido reducido a mera máquina,—¿no se le está, por ejemplo, obligando a procrear indefinitivamente para que produzca la soldadesca de presuntas conquistas, presuntos imperios nuevos? Hé aquí la frase corriente de estimulación a semejante